



1

Una fiesta en el Palacio Nuevo

El Imperio ruso ocupaba el este de Europa y la región llamada Siberia, al norte de Asia. En Moscú, la capital imperial, el **zar** celebraba una fiesta en el Palacio Nuevo. Todo el mundo parecía feliz y despreocupado. Pero, en un rincón del salón de baile, el zar y un general de su ejército conversaban sobre los **tártaros**.

—¿Qué noticias tiene, general?

—Los tártaros siguen avanzando desde Asia central hacia Siberia, Majestad —contestó el general Kissoff.

El **zar** era la máxima autoridad del Imperio ruso, es decir, el emperador de Rusia.

Los **tártaros** eran un pueblo de Asia central que conquistó parte de Europa.

—¿Han cruzado el río Obi? —preguntó el zar.

—No, Majestad.

—Y... ¿qué sabe de Iván Ogareff?

—Después de que lo expulsaran del ejército,
se unió a nuestros enemigos, los tártaros
—respondió el general.

—Manténgame al corriente de lo que suceda.
Y no informe a nadie más.

—A sus órdenes, Majestad.

El general Kissoff se fue.
El zar volvió al baile como si nada hubiera ocurrido,
disimulando su preocupación.

Durante mucho tiempo,
los tártaros habían vivido en tribus aisladas,
pero ahora se habían unido y eran muy poderosos.
Su ejército amenazaba el Imperio ruso.

Invadir

un territorio
es entrar en él
por la fuerza.

Parecía que los invitados al baile ignoraban
que aquellos guerreros estaban **invadiendo** Siberia.

Pero había alguien que sí sabía lo que pasaba...

En otro rincón del salón de baile,
dos hombres observaban la fiesta con expresión alegre
mientras, en voz baja, comentaban las noticias.

Uno era francés y se llamaba Alcide Jolivet.
El otro, Harry Blount, era inglés.
Ambos eran periodistas
y trabajaban para periódicos distintos.
Por eso, cuando tenían una noticia,
procuraban enviarla a su periódico antes que el otro.

—¡Qué baile tan encantador! —dijo Jolivet.

—¡Espléndido! Yo ya lo he descrito
para mi periódico —añadió Blount.

—Yo he informado al mío de que el zar
parece preocupado —comentó el francés.

—Claro, porque le acaban de dar malas noticias.
Los tártaros están cerca del Obi —explicó el inglés.

—Ah, ¿usted ya sabe que están a punto de cruzarlo?

—Exacto, y ya he informado de ello a mi periódico.
Supongo que usted ya ha hecho lo mismo con el suyo.

—¡Por supuesto!

–Tengo la impresión de que pronto volveremos a encontrarnos, pero lejos de aquí.

–Sí, y quizá en un lugar no tan agradable como este palacio –dijo Alcide Jolivet.

–No... Quizá sea en un campo de batalla –comentó Harry Blount.

El **telégrafo** era un aparato que servía para enviar mensajes a través de un cable eléctrico, utilizando un determinado código.

En aquel momento, el general Kissoff se aproximó al zar y le comunicó que los tártaros habían cortado la línea de **telégrafo** a partir de Tomsk, una ciudad de Siberia occidental.

–¿Significa eso que no puedo comunicarme con mi hermano, el Gran Duque? –preguntó el zar.

Un **correo** era una persona cuyo oficio consistía en llevar cartas, avisos, etc., de un lugar a otro.

–Así es, Majestad –asintió el general.

–Busque inmediatamente un **correo**, y tráigame el mejor que encuentre. Tengo que enviar un mensaje a mi hermano. ¡Es un asunto de vida o muerte!

El general obedeció la orden.

Mientras tanto, el zar habló con el jefe de policía.

—¿Qué sabe de Iván Ogareff? —le preguntó.

—Era un buen oficial del ejército —dijo el policía—, hasta que un día se rebeló.

Entonces lo expulsaron y lo enviaron a Siberia. Al cabo de un tiempo, lo perdonasteis y regresó.

—¿Sabe dónde está ahora? —preguntó el zar.

—No, Majestad.

—¡Pues yo sí lo sé! —contestó el zar—.

Se ha unido a los tártaros.

Ha conseguido que las distintas tribus se agrupen a las órdenes del temible **emir** Féofar.

Ahora forman un ejército muy numeroso, que está invadiendo Siberia y se dispone a ocupar Irkutsk, la capital.

Un **emir** es un príncipe, un jefe militar o un gobernador en el mundo islámico.

Allí, sorprendido por la invasión tártara, se había refugiado el hermano del zar, el Gran Duque.

Él era quien había expulsado a Ogareff del ejército. Ogareff nunca se lo había perdonado.

Irkustk estaba rodeada de una sólida y alta muralla. Por eso era muy difícil, para cualquier ejército, entrar en la ciudad.

Pero los espías rusos habían informado al zar de que Iván Ogareff tenía un plan para conseguirlo: entraría en Irkutsk él solo, haciéndose pasar por un correo del zar, e intentaría ganarse la confianza del Gran Duque. Entonces despistaría a los vigilantes de la muralla y abriría una de las puertas para que las tropas tártaras pudieran entrar.

A continuación, mataría al Gran Duque y después, él, Iván Ogareff, se convertiría en gobernador de Irkutsk. Esta sería su venganza contra el hermano del zar por haberle expulsado del ejército ruso.

El jefe de policía, asustado, dijo al zar:

—Solo hay una solución.

Enviar un correo con una carta para vuestro hermano, para avisarle de los planes de Ogareff.

—Ya he ordenado que lo busquen —contestó el zar.

—Muy bien. Deberá ser el mejor correo de todos, capaz de llegar a Irkutsk antes que Ogareff. Necesitamos un correo listo, valiente y rápido.

—¡Eso espero!